El poeta escindido en Cantos de Vida y Esperanza.

Isolda Rodríguez

Como poeta universal, Darío fue un escritor que abordó los temas más disímiles y en ocasiones, antagónicos en el sentido que representaban aspectos opuestos. Ya en Azul... se aprecia el abordaje de temas en que se destaca la preocupación por lo social, inmerso como vivía el poeta en la vida de los trabajadores chilenos. A la par, están los cuentos donde prevalece la fantasía, la búsqueda del ideal, lo fantástico, el "azul"...

En el prólogo de *Cantos de Vida y Esperanza,* Darío confiesa que: es "la historia de una vida llena de tristezas y desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas... el culto del entusiasmo y de la sinceridad contra las añaganzas y traiciones del mundo... " (Darío, 1966: 10). Más adelante dirá que "es una idiosincrasia calentada a sol de trópico, en sangre mezclada de español y chorotega o nagrandano; la simiente del catolicismo, contrafuerte a un tempestuoso instinto pagano". (*Ídem).*

Y es que Darío, como se ha dicho en muchas ocasiones, es un hombre que se mueve entre la catedral y las ruinas paganas, entre la fe de su niñez y la atracción de los placeres de la "carne, celeste carne".

Cantos de Vida y Esperanza, revela al poeta que se nutre no sólo del mestizaje indohispano, sino que además se debate entre el temor y el candor, entre el recelo y la fe, entre la fe católica y la agnosis, la duda a la par de la angustia y desolación existencial. Y hay más: cánticos optimistas se yerguen luminosos junto a nocturnos y taciturnos versos.

Carlos Martínez-Barbeito señala en forma muy acertada, refiriéndose a *Cantos de Vida y Esperanza:*

El libro de un poeta no es escribe en un minuto, que es todo lo que un solo estado de ánimo. Un libro se escribe día a día ... y durante esos días la hiperestesia del poeta percibe demasiadas llamadas de lo oscuro, de lo de adelante y de atrás, de lo desconocido y lo ya sabido, de lo confuso, lo contradictorio y lo matizado. Tiene demasiados reflejos cambiantes, demasiados estremecimientos... Los Cantos de Vida y Esperanza quieren tener un tono. Pero tienen mil. Quiere sonar en ellos una voz, pero resuenan muchas voces, muchos cánticos, muchos gemidos. (Martínez-Barbeito: 1967: 544)

Es lo que hoy llamaríamos la polifonía del texto. Concierto de voces, de estados anímicos, pero que a pesar de las oposiciones, conforman una unidad, porque como diría Greimas, sólo en la presencia de los opuestos, los conceptos adquieren significado: para que haya día tiene que existir la noche, el dolor adquiere sentido cuando existe la alegría; es decir, los conceptos opuestos son los que logran la armonía. Y es lo que Darío hace en

este libro: expresar ideas opuestas, contradictorias, pero que confirman la unidad textual.

Este juego de oposiciones se evidencia en poemas que denotan alegría y optimismo como "La dulzura del ángelus", en el que la reminiscencia de los días de la niñez le hacen evocar las campanas matinales[1] en su ciudad natal, la inocencia y pureza, las plegarias llenas de fe:

La dulzura del ángelus matinal y divino
que diluyen ingenuas campanas provinciales
En un aire inocente a fuerza de rosales,
De plegaria, de ensueño de virgen, y de trino.

Obsérvese la repetición de los adjetivos "ingenuo e inocente", empleados con el deseo de remarcar ese sentimiento que el poeta experimentó en la niñez, en antítesis a los días de la madurez en los que el destino lo ha conducido al mundo de la duda, la incredulidad y la angustia. Cuando Darío señala, en el primer terceto "Y esta atroz amargura de no gustar de nada,/ De no saber a dónde dirigir nuestra prora", se aprecia el terror existencial, la terrible sensación de hastío que se hará más evidente en la literatura existencial de mediados del siglo veinte. En el último terceto de ese soneto, el autor se siente desorientado, como un barco a la deriva, que desea aferrarse a los días de su infancia:

Mientras el pobre esquife en la noche cerrada
Va en las hostiles olas huérfano de la aurora...
(¡Oh, suaves campanas entre la madrugada!)

En este poema son evidentes los sentimientos antagónicos que hacen de Darío un poeta que se debate entre la fe y la incredulidad. En el poema "Nocturno" (V) se manifiesta de nuevo esa angustia que lo atormentó tanto: "Quiero expresar mi angustia en versos que abolida/ dirán mi juventud de rosas y de ensueños/ Y la desfloración amarga de mi vida". ¿Qué acontecimientos han sucedido en la vida de Darío para que se exprese de forma tan desgarradora? Nótese la expresión "desfloración amarga de mi vida". Es decir, la pérdida de la fe, que se ha desgranado como los pétalos de una flor, pero que no pierde la esperanza "Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino/ el ruiseñor primaveral y matinal", es el refugio en su infancia llena de fe; nuevamente la búsqueda de esos días de "ingenuas campanas provinciales". Sin embargo, a pesar de esa búsqueda de la dicha, sólo encuentra:

El ánfora funesta del divino veneno
Que ha de hacer por la vida la tortura interior
La conciencia espantable de nuestro humano cieno
Y el horror de sentirse pasajero, el horror

De ir a tientas, en intermitentes espantos,
Hacia lo inevitable desconocido y la
Pesadilla brutal de este dormir de llantos

Son versos realmente estremecedores, que denotan un sentimiento de desconcierto y soledad. "Versos indecisos, misteriosos, velados" los llama Arturo Marasso. "Fatalidad opuesta a lo que debió ser". (Marasso: 229) La terrible sensación de estar de más en el universo, como dijera don Miguel de Unamuno; "el horror de sentirse pasajero" que deviene del pensamiento senequista español, expresado por los clásicos, desde Jorge Manrique. Ante la inminencia de la muerte sólo queda el vacío, la sensación de oquedad, porque esta vida es muy breve y además, llena de podredumbre, o como expresa en "Canción de otoño en primavera", "La Vida es dura. Amarga y pesa", y ante esa sensación, el poeta siente la pérdida de la ilusión: ¡Ya no hay princesa que cantar!

En el soneto "A Phocas el campesino", a su hijo por nacer, le ruega "Tarda en venir a este dolor... A este mundo terrible en duelos y espantos". En el poema "Augurios", al águila le pide:

[1] Arturo Marasso señala que en la alusión a las campanas, Darío alude al soneto *Le Sonneur* de Mallarmé :Cepedant que la cloche évieillesavoixclaire/ á liar et limpide et profon du matian/ et passe sur lénfantquijettepourkuiplaire/ un ángelus parmi la lavande et el thym...

Dame la fortaleza
De sentirme el lodo humano
Con alas y fuerzas
Para resistir los embates
De las tempestades perversas.

El poeta vive una angustia terrible y busca algo a que asirse para no caer en el abismo. En el soneto "Melancolía" afirma: "Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a ciegas"; en el terceto final sintetiza el sufrimiento de vivir con esa pena agobiante: "Cargo lleno de penas lo que apenas soporto. /¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?"

Sin embargo, en el poema XXVI "¡Aleluya!", el poeta exalta la alegría de vivir en las cosas sencillas. Se palpa un tono optimista, en oposición a los días grises y angustiados, Darío llama a valorar la naturaleza: las rosas, las corolas, los ramos, nidos tibios, besos de muchachas, rubias o morenas, no importa. El poema está estructurado con una serie de sintagmas adjetivos y sustantivos que denotan color, júbilo; se repite la palabra ¡Alegría!, como un estribillo, al final de cada estrofa, contabilizándose un total de siete palabras, (siete, número cabalístico y Darío adoraba lo mágico y esotérico). Hay pues, un tono optimista, de un poeta que vive la vida con placer, exalta ese placer y qué lejos parecen estar los días de angustia y de tormenta.

Igual sentimiento se aprecia en el poema XXX "Amo, amas", en el que el poeta invita a amar,"¡Amar, amar, amar amar siempre, con todo", consciente de que en la vida hay días de sol y noches oscuras: "Con lo claro el Sol y lo obscuro el lodo." "La doctrina del amor como exaltación universal", señala Marasso. En breves versos, se aprecia un hombre más reflexivo, que ha encontrado el equilibrio entre los extremos, que predica el amor abstracto, no individual Hay que saber vencer los obstáculos de la vida con optimismo y amor: "Y cuando la montaña de la Vida/ Nos sea dura y larga, y alta, y llena de abismos,/ ¡Amar la inmensidad, que es de amor encendida".

Similar tono se aprecia en el poema XXIV "Programa matinal". En estos versos, Darío está consciente de la angustia que provoca el no saber, el desconocer qué nos depara el destino, pero no cae en la desesperanza, sino que por el contrario, hace un llamado a vivir la vida, una suerte de *Carpe diem* horaciano, que recuerda que la vida es breve y hay que apresurarse a gozar los placeres de la vida:

En la angustia de la ignorancia
Del porvenir, saludemos
La barca llena de fragancia
Que tiene de marfil los remos.

Y para dejar más claro su visión sinestésica y vital, alude a la necesidad de gozar los placeres de la vida, convirtiéndonos en "Epicúreos o soñadores".[2] Enfatiza en la brevedad de la vida, pero ahora no hay una visión pesimista o fatal, sino que, con actitud renacentista y pagana, invita a "Exprimir los racimos/ de nuestra transitoria vida". He aquí un poeta que está consciente de que la muerte acecha a la vuelta de la esquina, pero en lugar de caer en la desesperanza, cree que hay que disfrutar de los placeres: vive el día, disfruta hoy, después tendrás tiempo para pensar en la muerte.

Similar visión ofrece en el poema XXXVIII "Propósito primaveral", que inicia con los reveladores versos "A saludar me ofrezco y a celebrar me obligo/ tu triunfo, Amor..." En este soneto, dedicado a Vargas Vila, el poeta canta con optimismo, seguro ya de su triunfo poético; "Mientras el blanco cisne del lago azul navega/ En el mágico parque de mis triunfos testigo". Y embriagado por la felicidad, nuevamente invita a saborear los placeres de la vida: "Apuraré alternando con tu dulce ejercicio/ Las ánforas de oro del divino Epicuro".

De ese sentimiento de optimismo y alegría de vivir plenamente, Darío pasa a

[2] Arturo Marasso señala que Darío conocía muy bien el estudio de Brochard*La teoría del placer según Epicuro,* publicado en 1904, en el *Journal de Sabanitas.*

evocar nuevamente su niñez, pero esta evocación no es nostálgica, sino pletórica de la felicidad de los días vividos en su niñez rural, al amor del "viento, de las hachas, pájaros y toros salvajes". Se trata del poema "Allá lejos", verdadero retrato de la vida rural nicaragüense.

Nuevamente el poeta acude a enunciar las cosas sencillas, la vida el campo, pero ahora se ubica en su Nicaragua natal, " Buey que vi en mi niñez echando vaho, un día/ Bajo el nicaragüense sol de encendidos oros". Una estampa magnífica, cual poema virgiliano, en la que describe al animal más representativo del campo: el buey, animal manso y trabajador. Darío hace suyos los objetos campesinos, se apropia de ellos, como para acunarse en su recuerdo: la paloma, símbolo de la primavera pasada, la vaca, el ordeño, el encanto rural de "cuando era mi existencia toda blanca y rosada", en clara alusión a la inocencia, la felicidad, la ingenuidad propia de los campesinos, que rescata en sus días de esquife a la deriva, como para aferrarse a ellos, para soportar el embate de las olas. "Allá lejos" llama la atención, por su tema y forma, por representar el retablo de ese mundo ido, de su Nicaragua en medio del trópico. En Francia o España, cuánto habría extrañado los cálidos rayos de su "sol de encendidos oros".

Llama aún más la atención, el comprobar que el poema siguiente es "Lo fatal", para cerrar el libro, composición en la que vuelve a sus días de una vida atormentada. Después de la luz, vienen las tinieblas, para terminar con un contrapunto tenebroso, lúgubre y lleno de tristeza.

"A poco, en este libro vital, amoroso y de esperanzas ... se infiltran unas gotas de melancolía, alusiones a la muerte, cierta desesperación y angustia que culminan en la última composición..." señala Oliver Belmas (340), en una clara conceptualización del tono que toma la poesía dariana en este libro.

¡Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,
Y más la piedra dura, porque esa ya no siente:
Pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo
Ni mayor pesadumbre que la vida consciente!

El poeta condensa en estos versos toda la angustia existencial que había plasmado en los poemas anteriores. Todo llevado a su máxima expresión de dolor. Sólo los seres inanimados se salvan el sufrimiento. Por eso quisiera ser como el árbol o mejor aún, como la piedra. De nuevo la incertidumbre, el temor a la muerte, muy presente en la vida del poeta.

Darío reflexiona cómo todo ser pensante, (consciente) se aterra ante la incertidumbre del más allá. Nuevamente aflora el hombre que ronda las ruinas paganas, que ha perdido su fe, que tiembla ante la idea de la muerte: "Y la carne que tienta con sus frescos racimos.../ Y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos..." Nótese el paralelismo antitético: frescos racimos/ fúnebres ramos; y la musicalidad lograda con el uso de la aliteración, la repetición del fonema /r/.

El poema expresa la gran contradicción humana: el deseo de vivir bajo los cánones de Epicuro y los dictados de la fe católica que preconizan la abstinencia la austeridad y el sacrificio que permitirá ganar la felicidad en el más allá.

El mismo Darío señala en el ya citado prólogo de *Cantos de Vida y Esperanza*:

Ciertamente, en mí existe ese los comienzos de mi vida, la profunda preocupación del fin de la existencia, el terror a lo ignorado, el pavor de la tumba, o más bien, del instante en que cesa el corazón su ininterrumpida tarea ... Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe...

He aquí al poeta escindido entre sus creencias en una fe católica que ofrece una vida después de la muerte y el agnóstico o escéptico que duda de esas creencias, que al someter sus ideas a revisión, se encuentra con una base débil, poco fundamentada, que le hace

flaquear y sentirse perdido. Es el mismo que expresa “Ay, triste el que un día en su esfinge interior/ pone los ojos e interroga. Está perdido”. Es el hombre buceando en su ser interno, el antiguo “conócete a ti mismo”, el poeta buscando la respuesta a las interrogantes de siempre y sólo poder decir: “¡Y no saber adónde vamos,/ Ni de dónde venimos!...”

Tanto Marasso como Carlos Oscar Cupo han señalado la huella becqueriana en estos versos finales, que hacen resonar la Rima II el poeta español:

Ese soy yo, que al acaso
Cruzo el mundo, sin pensar
De dónde vengo ni a dónde
Mis pasos me llevarán.

Rubén Darío tenía sólo treinta y ocho años, pero se sentía en el “otoño de la vida, apunta Edelberto Torres: “su angustia ante la muerte, su obsesión de lo desconocido [sic] llegan al clímax, le sobrecogen paroxismos de terror” (Torres: 263), terror que plasma en poemas como los “Nocturnos” y “Lo fatal”.

Conclusión

En *Cantos de Vida y Esperanza* Darío se revela como un hombre desencantado, atormentado por las dudas, pero a la vez optimista, vital, con ansias de apurar hasta el fondo la copa. Es un libro que refleja diversos estados anímicos, voces tristes y alegres, pensativas y despreocupadas. La luz y la oscuridad. Lo blanco y lo negro. Los opuestos en tensión, en contrapunto, para lograr la armonía, la unidad de sentido.

Edelberto Torres califica este libro como “un orbe que encierra todo lo humano: los anhelos y esperanza; el amor y el odio; la tristeza y la alegría...” (Torres, 1982: 268)

Después de cien años de su publicación, *Cantos de Vida y Esperanza, los Cisnes y otros poemas,* mantiene su vigencia porque los sentimientos que se expresan en sus versos son eternos y universales. Es un texto que puede releerse a la luz de la semiótica moderna y así encontrar ese juego de oposiciones presentes en sus versos. Angustia y esperanza, esperanza matizada por la fe. Quedémonos con la fe, la que sintió Darío, cuando la culpa lo lleva a la desesperanza, pero al final abre la ventana a la confianza, a la certeza de que:

“...este espantoso horror de la agonía
Que me obsede, no es nada,
no es más que mi culpa nefanda
Que al morir hallaré la luz de un nuevo día
Y que entonces oiré en mí “Levántate y anda!”

Bibliografía

Cupo, Carlos Oscar, “Fuentes inéditas de *Cantos de Vida y Esperanza.* En: *Estudios sobre Rubén Darío.* Compilación y Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. México: Fondo de Cultura Económica, 1968.

Darío, Rubén, *Cantos de Vida y Esperanza. Los cisnes y otros poemas.* México: Editora Nacional, 1966

Marasso, Arturo, R*ubén Darío y su Creación Poética*, Buenos Aires: s.f.

Martínez-Barbeito, Carlos, “Con Darío, por los Cantos de Vida y Esperanza”. En: *Cuadernos hispanoamericanos*, Revista mensual de Cultura hispánica. Nos. 212-213. Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1967.

Oliver Belmas, Antonio, *Última vez con Rubén Darío,* Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1978.

Torres, Edelberto, *La dramática vida de Rubén Darío.* Managua, Ed. Nueva Nicaragua, 1982.